

SIN LEVANTAR SOSPECHAS

Querida Antela:

Esta noche saltaremos la valla. No sé si tiemblo de frío o de la emoción. No queremos encender fuego para no delatar nuestra presencia. He pasado tantas calamidades hasta llegar aquí.

Recuerdo cuando nos despedimos. Habíamos acudido hasta las ruinas de Tangib. Protegidos por las piedras antiguas, junto a las palmeras, me dejaste por primera vez que tocara tus pechos. Dejaste que besara los dátiles maduros que los coronaban.

No llegamos a más, a pesar de que nuestros cuerpos se llamaban a gritos. ¿Te imaginas que yo hubiese partido a esta aventura desconocida habiendo sembrado un hijo en tus entrañas? ¿Cómo ibas a resistir sola las acusaciones de los vecinos, los dedos señalándote como cuchillos afilados?

No sabes qué feliz me hace saber que fuimos fuertes, que supimos frenar la pasión que nos atravesaba como un río escondido, como el agua secreta del desierto que brota en los pozos y manantiales y riega los palmerales y da de beber a las cabras y va creando vida allá por donde fluye.

Sólo hubo besos y caricias, pero tan dulces que aún tiemblo en las esquinas del recuerdo. ¿Cómo olvidar la tierna pulpa de tus labios, tus dedos recorriendo mi espalda, el aceite de argán enredado en tu pelo...?

Dejar atrás tantos kilómetros no ha sido tarea fácil: siempre sorteando a la policía, cruzando las fronteras por pasos inhóspitos.

De no haber sido por tu recuerdo, sé que habría desfallecido. Pero, tú, Antela, me has hecho fuerte. Conocerla ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Por ti he tomado esta decisión que nunca hubiese tomado por mí mismo. Ya sabes de mi cobardía, de mi miedo a lo desconocido.

Yo me conformaba con poca cosa. A veces, volvíamos en el cayuco con las manos vacías, o la pesca era tan escasa que no alcanzaba para pagar el combustible.

En otras ocasiones, si el mar era generoso, podía beber leche durante unos días y comprar unas sandalias nuevas para mi madre.

Sin embargo, un arenque, las más de las veces sin pan, era todo mi sustento. Era lo que había. No conocía otra cosa...y a mí me bastaba.

Pero un día apareciste en mi vida, y fue como el tornado del desierto. Me cimbreste tan hondo que ya me fue imposible dormir cada noche si no te retenía en mis pupilas hasta que llegaba el sueño.

Gracias a ti, me convencí de que había un mundo ahí afuera, más allá de las escamas que se amontonaban en el suelo del cayuco, más allá de los sargazos que ensuciaban las redes. Un mundo que yo ignoraba a conciencia, a pesar de que conocía a hombres y mujeres valientes que habían dejado atrás sus aldeas para perseguir su sueño.

Gracias a ti creí que otra vida mejor era posible...porque en esa vida estabas tú. Creí en la luz de tus palabras, en las razones de tus ojos encendidos. Es por eso que partí. Y es por eso que hoy estoy aquí, tan lejos...y tan cerca.

A media noche, cuando el sueño es más pesado, probaremos fortuna. Muchos lo han conseguido, y yo no voy a ser menos. No he sufrido hambre y frío, sed y cansancio para ser derrotado en el último momento.

Por ti, Antela, y por el hijo que un día tendremos, escalaré los hierros como trepan los macacos por los abedules, y, cuando llegue al otro lado, correré como el leopardo en la sabana; volaré, si es preciso, como los cormoranes. Avanzaré sin desmayo, un paso tras otro, zancada a zancada, hasta que las luces azules y amarillas pasen de largo y sólo vea luces rojas que se desvanecen en la distancia.

Si recibes esta carta, sabrás que lo he conseguido. Sabrás que he comprado un sobre y un sello, que soy un ciudadano anónimo que entra en un estanco sin levantar sospechas, que da las gracias después de pagar y vuelve a la calle en busca de un buzón de correos.

Un ciudadano que un día escribirá la carta definitiva a la hermosa Antela, la muchacha de la mirada luminosa y el olor a savia perfumada en su pelo, y le pedirá que venga a su lado; le dirá que ha encontrado trabajo en un barco de pesca, y que las noches se hacen eternas en alta mar, donde el vacío es enorme y sólo se atisban en los alto monedas que brillan como dátiles maduros.